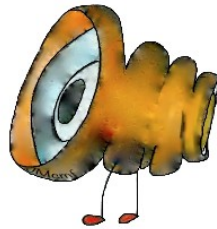


Observatorio de la Misión Compartida



OMC

Nº 02
ABRIL

Que la misión compartida sea nuestro modo normal de misión

FUNDAMENTOS DE LA MISIÓN COMPARTIDA

Para comprender y vivir la misión compartida, nos acercamos a ella desde cuatro perspectivas o dimensiones: antropológica, teológica, eclesial y carismática. Así será posible un acceso más completo a su comprensión y vivencia, y descubriremos que nos es ofrecida como auténtico “signo del Espíritu” en nuestro tiempo. En este boletín presentaremos las tres dimensiones primeras. El siguiente lo centraremos en la perspectiva carismática.

1. Dimensión antropológica

El crecimiento demográfico, el cultivo de la tierra, la configuración político-económica del mundo, las creaciones artísticas y culturales, las expresiones y cultos religiosos, expresan la respuesta del ser humano a la misión que Dios le ha otorgado.

Somos humanidad, especie humana. Nuestras individualidades están interconectadas, interrelacionadas. Nos necesitamos unos a otros: los géneros, las culturas, las religiones, los lenguajes.

Y esta es la belleza del proyecto de misión compartida. Recrear espacios que muestren la posibilidad de reconocimiento amoroso, de vida intersubjetiva, de existencia personal haciendo historia con los demás.

El funcionamiento de una ciudad, de los medios de comunicación, de la economía mundial, de la alimentación y bienestar, ¿qué es sino el resultado de una impresionante “misión compartida”?

Nos damos cuenta, cada vez más, de la necesidad de una nueva apertura a la complejidad de la humanidad, de un nuevo talante de diálogo mental y vital, de un nuevo estilo inclusivo y no excluyente.

Como seres humanos hemos recibido una misión, ¿no será una misión común?,

¿no será una misión compartida con hombres y mujeres hermanos nuestros?

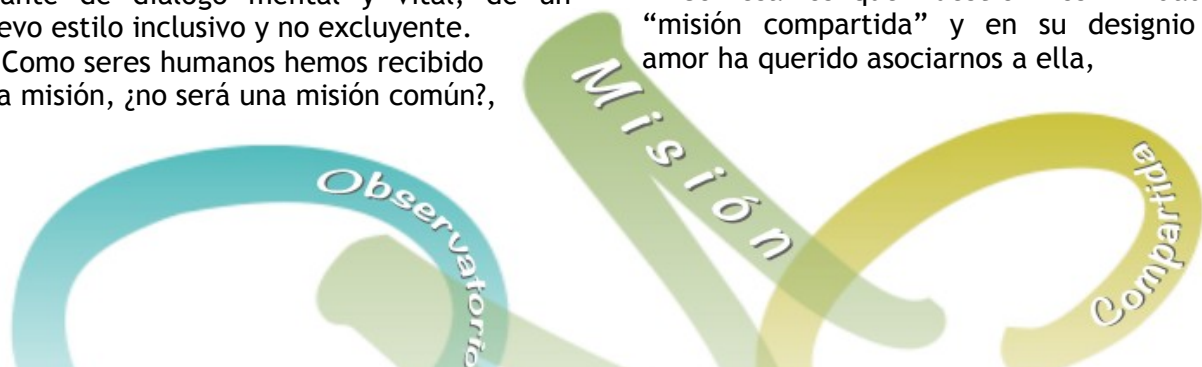
2. Dimensión teológica

La misión nace de las entrañas mismas de Dios Abba. El Abba engendra al Hijo en la eternidad y nos lo envía para que se encarne en la historia. El Hijo es el Enviado, y lleva a cabo la misión que el Padre le ha confiado.

La misión que Jesús realiza no es una iniciativa individual con la cual Él da sentido a su vida, sino que es una “misión compartida” con el Abba desde el principio hasta el final de su vida mortal; y continuada de forma misteriosa, después de la resurrección, “*todos los días, hasta el fin del mundo*” (Mt 28, 20).

Por eso esta misión “filial” no es la única que nace de las entrañas de Dios; hay otra que brota del Hijo, como agua viva (cf. Jn 7, 37-39) y que procede del Padre (Jn 15,26): es la misión del Espíritu. Esta sigue actuándose en la historia del mundo hasta el final; por eso se dice que estamos en la “era del Espíritu”.

Confesamos que nuestro Dios-Trinidad es “misión compartida” y en su designio de amor ha querido asociarnos a ella,



como también nos ha asociado a la filiación única del Hijo y a la misión carismática del Espíritu.

3. Dimensión eclesial

A. Somos “Cuerpo de Cristo”

La misión de la Iglesia es la prolongación histórica, visible, de la misión de Dios. El Señor Jesús y el Espíritu quisieron contar con la Esposa, para incluirla en la misión divina, por pura gracia.

La “lógica trinitaria” es lógica de comunión, es la lógica intrínseca de la misión en la Iglesia. ¿Cómo puede llamarse Iglesia de Jesús y del Espíritu aquella comunidad en la que cada uno realiza la misión desde su propia iniciativa y no en comunión solidaria?

¿Cómo puede llamarse misión aquella en la cual los carismas no se integran, se imponen unas voluntades sobre otras, se discrimina y se entra en competitividad?

La lógica trinitaria, como alma de la misión, genera un respeto admirable hacia la pluralidad carismática, una atención exquisita hacia cada uno de los miembros del Cuerpo de Cristo.

La misión compartida está siempre abierta a nuevas inclusiones, sean de género, de raza, de cultura, de confesión... Situarse en clave de “misión compartida” es propio de una Iglesia “católica”.

B. Iglesia “Pueblo de Dios”

Esta imagen expresa la condición histórica de la Iglesia peregrina y permite tomar conciencia de la común dignidad de los miembros de la Iglesia, otorgada por el Bautismo, y apreciar la diferencia de dones y ministerios.

La multitud y diversidad de dones jerárquicos y carismáticos otorgados por el Espíritu a su Iglesia (cf. LG 4) está ordenada a expresar la riqueza y la belleza del Cuerpo

de Cristo y a realizar el proyecto de salvación para este mundo.

En el Pueblo de Dios peregrino, ya no podremos delimitar ni desarrollar nuestra misión si no es complementándonos recíprocamente y colaborando con el resto.

Lo cual conlleva procurar que todos sus miembros participen decididamente desde su identidad, en las tareas y procesos, de discernimiento, programación, decisión, ejecución, revisión y celebración del camino evangelizador.

C. Expresiones de la misión compartida

Pensar, sentir, vivir, organizar y hacer funcionar la Iglesia misma desde la categoría de la “comunión”, implica encontrarnos desde aquello que todos compartimos y desde el intercambio de dones diferentes, con los que agradecemos a los otros.

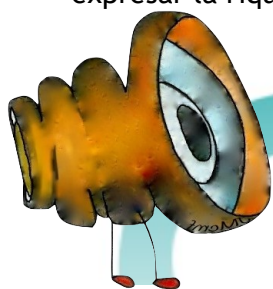
Esta forma de entender la misión es lo que posibilita en la Iglesia el desarrollo de la misión compartida que conlleva:

- Escucha activa e inclusividad.
- Contemplación y agradecimiento.
- Reconciliación y renuncia a la violencia.
- Amplios horizontes misioneros.
- Diálogo en todas las direcciones y con todos los interlocutores.
- Acción solidaria.
- Apertura a la catolicidad e inter-continentalidad.

4. Dimensión carismática

La Iglesia es agraciada por el Espíritu Santo con dones diversos, carismas y ministerios (Ef 4,7.11-13; Rom 12,4-8), con los que edifica el Cuerpo de Cristo y cumple su misión salvadora en el mundo (cf. LG 4).

En esta perspectiva hay que encajar la vida y el ministerio de Claret.



Observatorio

Misión

Compartida